

contraste. De este cambio de pensamientos, perdidos con los folios de los borradores, ha nacido la idea de la colaboración en una obra comun, pero no de una de esas colaboraciones en que el temperamento de cada uno desaparece bajo la unidad del conjunto; Loti y Plumkett han querido conservar su personalidad, dejar en su obra la marca distintiva de su naturaleza.

Al escribir *Flores de Hastio*, han querido hacer algo del género de la *Cruz de Berny*, en que Mda. de Gerardin, Teófilo Gautier, Julio Sandeau y Mery daban rienda suelta á su fantasía. *Flores de Hastio* es, pues, un libro doble, en el cual cada autor lleva á la acción su modo de ser particular, sus ideas personales y las tendencias instintivas de su individualidad.

LIBRERIA DE LA FAMILIA  
 Apto. 1622 MONTERREY, MEXICO

## FLORES DE HASTÍO

*Plumkett.*—Mi querido Loti; dicen que los animales tienen un alma: por lo tanto, usted y yo debemos tener algo parecido.

Nuestras dos almas—ya que está admitido que poseemos una cada uno—no son hermanas, sino primas carnales por el hastío, y usted sabe que no data de ayer el descubrimiento de este parentesco.

Me ocurre la idea de organizar una pequeña reunión de familia y de hacer un ramillete con el hastío de usted y el mio: yo le enviaré claveles de la India y usted me contestará devolviéndome una planta de dientes de león.—En cuanto á los pensamientos, son flores que nosotros apenas conocemos. ¿No le parece á usted?

Yo me extenderé en aforismos instructivos para la generalidad; usted hará lo que quiera; escribirá

de una manera cualquiera y de cualquier cosa; no importa de qué: contará usted sus sueños, si así lo quiere. Un sabio de la antigüedad ha emitido este axioma: «Es muy difícil ser más tonto que los demás.» Penétrese usted de esta verdad y tenga seguridad de ella.

*Loti.*—Comienzo por un sueño:

Estaba yo en la parte más alta del campanario del Creizker; Ives estaba sentado cerca de mí, sobre la cabeza de una gárgola de granito. Las tierras lejanas del país de León se extendían á nuestros piés, envueltas en ese crepúsculo, lleno de misterio, que ilumina las visiones del sueño. Era invierno, y la inculta llanura bretona estaba oscura.

En el horizonte se veía la *mar brumosa* y las rocas de Roscoff destacándose, como en los fondos pintados por Leonardo de Vinci.

Yo dije á Ives: «Me parece que el campanario del Creizker se ha estremecido.» Ives me contestó: «Hermano mío, ¿cómo quieres que haya sucedido eso?» Y miraba sonriendo hácia el vacío.

Sentí vértigos, y me adherí á aquel encaje de granito que nos sostenía en el aire. En torno nuestro había maravillosas cortaduras de piedra y gárgolas en figura de gnomos, sobre las cuales, líquenes amarillos—como los que doran todos los viejos

campanarios de Bretaña—semejaban animales siniestros. Y la base del campanario se perdía en líneas confusas entre la obscuridad de la tierra.

Ives me parecía mayor que de costumbre, y sus hombros más anchos y más atléticos.

«Ives—le dije—te aseguro que el Creizker se ha estremecido.» En efecto, el viejo campanario de las leyendas bretonas vacilaba sobre su base; nosotros le sentíamos hundirse: el antiguo encaje de granito se disgregaba dulcemente, desmenuzándose en el aire, y sus restos caían de un modo lento y suave como los objetos que no tienen peso; nosotros mismos caíamos, procurando agarrarnos fuertemente á las cosas que caían también.

Después vagábamos por tierra entre escombros, que continuaban desmenuzándose y desapareciendo.—Al caer no nos habíamos hecho ningún daño—pero experimentábamos cierta angustia porque el Creizker no existiese ya.

Recordábamos el tiempo en que Ives y yo navegábamos sobre la «*mar brumosa*», cruzándola balanceados por las grandes y agitadas olas del Oeste, mojados por las nieblas y la lluvia en los días sombríos del invierno, á la hora fría y siniestra del crepúsculo: con frecuencia distinguíamos á lo lejos, entre las nubes grises, los dos campanarios de la

iglesia de Saint-Pol y el Creizker colocado cerca de ellos sobre la costa, dominándolos con su arrogante estatura de granito.

Cuando la noche se presentaba mala, nos complacíamos viendo aquél antiguo vigía de la mar, que parecía velar por nosotros desde lo alto de la costa bretona. Pero ya había desaparecido; no podíamos pensar en volverlo á ver. Ives, sobre todo, estaba inconsolable, porque su campanario se había hundido. Yo le decía: «Le reconstruirán;» pero yo mismo estaba convencido de que esta ruina era irreparable. Estaba esparcido sobre la tierra, en restos tan numerosos, como las piedrecillas de las playas. La obra maravillosa de los pasados siglos estaba destruida, y yo veía allí un signo fatal de los tiempos; el fin de aquél gigante de los campanarios bretones me parecía el comienzo del fin de todas las cosas, y me resignaba á verlo concluir todo; estaba como recogido en una apocalíptica espera del caos.

En torno nuestro no había ya ninguna huella de la vieja ciudad de Saint-Pol, ni de la casa en donde Ives había nacido. Estábamos en medio de la llanura, sombría y desierta; entre las retamas y los brezos: la tierra recobraba su fisonomía de las épocas primitivas, anteriores á su aniquilamiento, y

la obscuridad postrera se espesaba á nuestro alrededor.

Entonces Ives me dijo con una entonación de espanto infantil: «Hermano, mírame, ¿no te parece que soy ahora mayor que de ordinario?.....»—Y yo contesté: «Nó,» por no causarle miedo; pero bien veía que su tamaño era mayor que el natural, y que su traje era el de un celta, con pieles de lobo, que le cubrían los hombros.

En torno nuestro había formas de larvas, que se agitaban en la obscuridad cada vez más profunda, y yo comprendía que ya los dos habíamos muerto....

....Después, el sueño se terminó por concepciones siniestras, confusas, que se extinguían gradualmente.....

No hay palabras con qué poder expresar aquellas misteriosas fantasías.

.....  
*Plumkell.*—Mi querido Loti: Creo haber encontrado la explicación del sueño de usted. Estaba usted acostado con su hermano Ives, sobre la mesa de alguna taberna de la Baja Bretaña; había usted bebido sidra y buen aguardiente, y hallándose completamente borracho, cayó usted de la mesa. Por esto, la caída fue blanda, y en ella, felizmente, no hubo daño para usted. Ives cayó quizá el primero,

y usted sobre él. El campanario del Creizker debe ser alguna gran botella vacía; la que usted concluyó por derribar. En cuanto á las cosas que *caían también*, serían vasos que usted destrozaba bajo sus pies; y las *larvas*, la tabernera y las maritornes del establecimiento, ocupadas en reparar todo el desorden que había usted producido.

No hay nada en todo esto que no sea natural; pero usted se entrega á reflexiones sobre el *principio del fin de las cosas*, que están fuera de lugar. Comprenda usted, mi querido Loti, que no se trata más que de una botella vacía; y áun esta botella, que usted toma por un campanario, no está vacía, sino porque se la ha bebido usted; y no es razonable exigir que los frascos, cuyo líquido se bebe uno, no estén vacíos.

En el comienzo de la vida, todas las copas están llenas; beba usted lentamente si quiere que le quede algo para más tarde. No beba demasiado pronto los vinos más fuertes, si ha de tener más adelante aptitudes para apreciar los sabores dulces y sanos....

*Loti.*—Mi querido Plumkett, la explicación que usted da de mi sueño me parece una tontería. Bien sabe usted que tengo mucho de musulmán, y no me he embriagado más que una sola vez en toda mi vida: ocurrió esto en New-York, una tarde en

que me convidaron á un banquete de una sociedad sobria y prudente. Los polizontes me llevaron á bordo.

*Plumkett.*—No interrumpa usted, Loti, para decir tonterías, cuando por casualidad estoy hablando en serio. Es cierto que, desgraciadamente, he atacado el único defecto de que usted carece; pero hablo por imágenes, como los orientales que usted ama. Yo me refiero á otras embriagueces mucho más peligrosas que las del vino; bien las conoce usted....

.....

En la actualidad, las copas están vacías, las flores de la mesa están marchitas. Los convidados han desaparecido: los unos, sucumbieron á la embriaguez; los otros, medrosos, han huido. Sólo usted permanece ante la mesa, cargada de despojos; sólo usted siente todavía deseos de beber. ¿Qué quiere usted? ¿Quiere buscar otros festines, después de un festín semejante? Nó; le darían á usted náuseas. Todo se oscurece en su derredor; nada distingue usted bien, y dice: «Este es el comienzo del fin.»—¿De qué fin? ¿Del fin de todas las cosas?—Nó; no es sino el festín de usted el que ha terminado.

Convénzase de que ni aun soñando dá usted sentido común á sus reflexiones.

*Loti.*—Es bien poco agradable, mi querido Plum-

kett, este primer *clavel de la India* que usted me envía.

Y además, ¡qué vulgar es la comparación de la vida con un banquete! Usted podría llamarme *infeliz convidado*; esto, al menos, sería más nuevo. Es el clavel de usted una flor muy común; sin duda la ha cogido, al pasar, en el jardín de su conserje.

He buscado durante mucho tiempo lo que había de decir á usted en esta ocasión, para que no encontrase motivo de deducir una moraleja estúpida. Y creo haberlo encontrado: voy á contar á usted una historia de un tiempo en el que aún no me había embriagado con nada.

Es una historia de Mayo. Yo era muy pequeño; aquella era quizá la segunda ó tercer primavera á que asistía sobre la tierra.

Me traían de paseo al terminar la tarde.

Cuando entré en mi casa, que usted ya conoce, y me encontré en el patio, experimenté una vaga y dulce melancolía, producida por la suavidad de la temperatura y las confusas tintas del crepúsculo. Era una de aquellas tardes de primavera, de cielo límpido y sereno, y de ambiente embalsamado por el jazmín y la madreselva.

Todavía me parece que me veo con el traje rosa que llevaba aquella tarde; es el único de mis trajes

infantiles que conservo en la memoria. ¿No es agradable recordarse vestido con gracioso traje rosa de *bebé*?..... Por lo menos, es bien sencillo y bien inocente evocar tales recuerdos.

¡Y qué cosa tan rara es decirse que en una época, aún no muy lejana, asistía el recién venido á las cosas de la tierra contemplando con avidez su primer primavera!..... Ya se tiene una inteligencia capaz de comprender bastante, una cabecita capaz de recibir, aunque vagamente, impresiones complicadas; y aún no se ha visto nada, no se sabe nada de nada, ni de la evolución humana comenzada hace cincuenta siglos, ni de la sucesión eternamente inmutable de la renovación de la naturaleza..... Se mira todo esto con una especie de asombro reflexivo, y se mezclan en él algo como recuerdos confusos y llenos de misterio de cosas anteriores.....

¿De dónde venimos?..... ¿Hay un *antes* y un *después*?.....

Mas tarde he tenido momentos en mi vida en que he estado persuadido de ello. Pero entonces habrá también un *más allá*, y este más allá es bien tenebroso y me hace estremecer.

Me he separado de la historia que refería á usted, y vuelvo á reanudarla. Pero convendrá usted en que esto es singular; cuando se ha paseado uno por el

mundo, se ha visto todo en el presente, se ha adivinado todo lo del pasado, cuando todo se ha comprendido y penetrado..... decirse que hace apenas treinta años se acababa de llegar, y que se asombraba uno de ver hacerse más largas y más tibias las tardes, florecer las rosas blancas sobre los viejos muros, comenzar la fiesta de la primavera.....

Usted conoce, Plumkett, aquél patio de que le he hablado; el patio de mi casa: una especie de calle, de verdura y de flores, que terminaba en un fondo muy sombrío. En este fondo, una profusión de follaje; por un lado, altas paredes tapizadas de yedra, de donde colgaban enredaderas, rosas y grandes ramas de toda clase de plantas; por el lado del Mediodía, tapias muy bajas, escondidas, ocultas bajo espesuras de jazmines y madreselvas. Por detrás los jardines inmediatos y por encima el claro é inmenso cielo.

En aquella tarde de que le hablo á usted tenía esta bóveda celeste, en la postura del sol, un lim-pido y bello dorado; encima, sobre mi cabeza, un azul verdoso, muy luminoso aún, y las ramas pendientes de las paredes se destacaban sobre ellas en finas y sombrías cortaduras. Yo miraba, con mirada inquieta hacia algo que se dibujaba muy lejos, en

el cielo, por encima del muro, entre las copas de los árboles frutales.

Aquello ocupaba un sitio insignificante en el espacio, pero su silueta era extraordinaria. Era el extremo de una casa antigua, con una especie de chimenea demolida, apareciendo el todo á mis ojos como un perfil de animal semejante al del lobo.— He visto, durante muchos años, aquella forma de bestia; pero sólo la encontraba por la tarde, cuando se recortaba en sombra oscura sobre el fondo dorado del sol poniente—las tardes de verano, sobre todo, cuando volvía de paseo. Tenía el aspecto triste, y el recuerdo de su contorno ha estado mezclado con todas las melancolías y todos los horrores de mis noches de niño.....

Algunos años más tarde recuerdo haber buscado todavía en aquél rincón del cielo esta silueta de lobo; una tarde que yo volvía al hogar, después de una larga campaña en Polinesia, la hubiera saludado en aquel momento como á una antigua memoria amada en otro tiempo, pero no existía ya; en mi ausencia habían demolido la antigua casa.— Por encima de las sueltas ramas de los jazmines y los rosales, yo no ví más que las copas de los perales y los ramilletes de flores encarnadas de un granado del jardín vecino.

Doy á usted mil excusas, amigo Plumkett, por haberme detenido en digresiones de esta longitud.

Decía á usted que una cierta tarde de Mayo entraba en mi casa con mi trajecito rosa, y me asombraba mucho al ver cómo en algunos días todo se había vuelto verde y frondoso. Era extraordinario que todas aquellas masas de plantas, que caían de los muros, estuvieran en la actualidad espesas y cubiertas de hojas, que estendían sobre mi cabeza una sombra muy densa y producían una obscuridad tibia, impregnada de dulces aromas.

Y aquella gran bóveda de jazmín de Virginia, á través de la cual yo recordaba muy bien haber visto algún tiempo antes una luna de invierno dibujar, en pequeñas líneas negras sobre el suelo, todos los enlaces complicados de sus ramas, era en aquel momento una bóveda compacta, impenetrable enteramente, al abrigo de la que revoloteaban millares de moscardones.

Yo me paseaba por debajo de ella con las manos á la espalda, en esa actitud que adoptan los muchachos cuando tienen meditaciones profundas, y procuraba comprender.....

Y luego, aquellos días que alargaban sucesivamente, que terminaban en crepúsculos límpidos, y aquellas flores que brotaban por todas partes y el

aumento de calor y de luz, aquel esplendor que llegaba.....

Sí, todo esto me traía la noción confusa de alguna cosa desconocida que iba á comenzar: ¡el verano, mi primer verano!..... Yo no recordaba nada de esto, pero entonces aquello turbaba mi cabecita y me encantaba mucho. Ahora, verdaderamente, empieza mi historia:

Había aquel día, en un rincón del patio, un cajón para flores lleno de arena. Yo había estado entretenido en removerla; había hecho panecillos y pasteles con una pala; luego la había aplanado y trazado una calle, á lo largo de la cual había colocado mis macetas y unos tallos de clemátida, encorvados en forma de bóveda.

Después me paseaba en actitud contemplativa y, recordando el jardín que había construido, iba nuevamente á contemplarlo. Se conservaba muy bien aún á la última hora de la tarde. Los tallos de clemátida cubrían enteramente el cajón y colgaban alrededor; todas las florecillas se veían aún, porque eran blancas, pero parecían tan ligeras en aquella semi-obscuridad, que se hubiera creído que eran plumas.

Me parece todavía estarlo viendo.

Tenia yo gran deseo de entrar en aquel jardín:

se debía estar muy bien allí sentado, en la calle en miniatura del centro y bajo aquella bóveda de ele-mátidas. Pero todo ello era muy pequeño, por más que fuese un jardín; yo lo comprendía perfectamen-te; era muy pequeño para poderme contener..... Ha-bía que ensayarlo, sin embargo..... Después de ha-ber reflexionado, apelando á todos mis conocimien-tos sobre la proporción de las cosas, puse un pié so-bre el borde y probé á entrar en él. ¡Ay! el cajón dió la vuelta; la arena, las macetas, las flores, todo revoloteaba y yo también, Plumkett, cayendo há-cia atrás. Me hice daño, y empecé á dar gritos horrosos.

Entonces me levantó la niñera, haciéndome saltar para consolarme, al compás de una alegre música del país, que se llamaba *La pesca de las almejas*.

Si más tarde, en el curso de la vida, cada vez que he dado caídas crueles, por haber intentado cosas imposibles, hubiera tenido alguno cerca de mí que me hubiera hecho saltar al compás de *La pesca de las almejas*, quizá hubiera sufrido mucho menos.....

*Plumkett.*—¡En qué estado de sensiblería, tan tonta y tan infantil, ha caído usted, mi pobre ami-go!—Mucho mejor hubiera usted hecho en correr tras el aro, como un niño, que en comenzar tan pronto á desbarrar de esa manera.

¡Válgame Dios qué fastidiosos y soporíferos son los recuerdos de su infancia!

*Loti.*—Escuche usted, Plumkett; me acuerdo aho-ra de lo que pasaba; creo que en la misma tarde, ó quizá un año después..... ¡No sé si confundo dos primaveras, pero eso es igual!

Veía volar en el aire unas cosas negras, así como grandes mariposas que pasaban muy deprisa, sin hacer ruido, y preguntaba á la niñera: Dí, *Zette*: ¿Qué es eso que vuela? Mi niñera se llamaba *Susette*. Estaba sentada en un escalón de musgosa piedra, bajo los colgantes de las madreselvas que la de-ja-ban en la sombra, no distinguiéndose apenas más que el gran pico blanco de su cofia de aldeana.

«Eso son ratones calientes—me respondió—(en mi país se da ese nombre á los murciélagos.) Y dime, ¿qué es eso de ratones calientes?—¡Ah!..... (Era muy calmosa y buscaba muy tranquilamente sus respuestas.) Ratones calientes son ratones que tienen alas. En primavera vuelan, cuando ya es de noche, para coger las moscas y los abejorros que no se han ido aún á acostar.....»

¡Ratones calientes!..... Aquello me abismaba en profundas meditaciones; ¡ratones que volaban!..... y además, ¿por qué estaban calientes aquellos ra-tones?



Les encontraba yo una vaga afinidad con el diablo, personaje cuya fisonomía probable me preocupaba mucho en aquel tiempo.....

Otro recuerdo de los murciélagos me ocurre ahora; permítame usted lo refiera, amigo Plumkett.

Más tarde, ya habrían pasado diez años, estaba yo una tarde de verano en el jardín de una casa de campo que se llama la *Limoise*, de la que hablaré más adelante. Este nombre de *Limoise*, por sí solo, tiene el poder de despertar en mí un mundo de recuerdos y de impresiones infantiles: los bosques de encinas, los brezos, una campiña pedregosa, con el aspecto pastoril de otros tiempos, los corderos y los olores de las plantas aromáticas.....

Ni aun escribiendo libros enteros, sobre este rincón de la tierra, podría traducir con palabras el encanto que ha ejercido sobre mi imaginación infantil; algunas veces, aunque fugitivamente, encuentro de nuevo aquel encanto al recordarlo—pero se oscurece con los cambios y con los años, y acabará por borrarse en absoluto hasta no poderse expresar.

El gran jardín, tan viejo como la casa, estaba entonces un poco abandonado; había en él algunos rincones, que volvían á la edad salvaje ó primitiva, y aquéllos precisamente eran los que yo amaba más.

En las tardes abrasadoras de Julio iba á menudo á encaramarme en un cierto punto de predilección para mí, sobre el viejo muro; permanecía allí solo, sentado sobre la yedra, donde hacía un calor asfixiante, en medio de multitud de zumbidos de moscas, y escuchaba los cánticos de los saltamontes, mirando á lo lejos los brezos y los bosques de encinas, inundados de sol, en medio del campo silencioso y abrasador. Cantaba bajito himnos cortos y sencillos, que yo mismo componía al verano y á los árboles, y soñaba con los bosques tropicales del Africa, que ya, desde tan pronto, habían herido mi imaginación infantil, adivinándolos antes de haberlos visto.

Una de estas tardes de verano, volaba por el jardín un número desusado de murciélagos. Era una tarde cálida, pesada y tranquila; por el Occidente se veían largo tiempo después de la puesta del sol unas nubes de color rojo moreno, que son propias de los grandes calores del estío. Aquella campiña estaba muy aislada y rodeada de bosques. Oímos, aunque de lejos, el sonido de una campana un poco triste, un poco cascado, pero nos era familiar y lo hubiéramos reconocido entre mil. Era el *Angelus* que sonaba allá abajo, en la antigua iglesia de la aldea de *Echillais*.....

Jugaba yo en el jardín con una niña, muy pequeña aún, á la que quería como á una hermana mayor, y cuyo recuerdo, ya lejano, está mezclado para mí con el encanto inexplicable de los bosques de la *Limoise*.

«¿Quiéres ver venir á todos los murciélagos en derredor nuestro?—me dijo.—Yo sé lo que hay que hacer para llamarlos.»

Entonces, trepó por las ramas de un viejo peral y empezó á agitar el pañuelo en el aire. En efecto, todos vinieron azorados para ver qué era aquella cosa blanca que se balanceaba en la obscuridad. Llegaron tan cerca de nosotros, que tuvimos miedo de que nos cayeran encima, y corrimos á escondernos dentro de la casa.....

.....

¡Pobres murciélagos! ¡Pobres animalitos! Objeto de horror para todo el mundo y, para mí, animales de las noches de verano, que no vuelan sino en el aire caliginoso de los más hermosos días..... Yo les perdono su pesadez y los admito porque han desplegado su vuelo fantástico en el aire puro de mis bellas tardes de otros tiempos, y los encuentro mezclados con los recuerdos de los veranos de mi infancia.....

.....

Más tarde, en París, vivía yo en el barrio Latino, en un estrecho cuarto de estudiante, frío y obscuro, sembrado de libros clásicos y de cuadernos, que presentaba un aspecto triste y súcio. Tenía entonces diecisiete años. Después de un invierno de estudio, larga estación de hastío, que me produjo las primeras fatigas y las primeras emociones, hizo su aparición la primavera, obedeciendo á la ley natural.

Una tarde de Mayo, en que el tiempo era ya tibio, estaba encaramado en mi ventana pensando en marcharme..... Tenía ante la vista perspectivas melancólicas de chimeneas, de tejados negros y viejos, el campanario de *Saint-Etienne du Mont* y el de *Sainte-Genève*. Aquella tarde tan bella me hacía un efecto extraño, arrojando sus luces sobre cosas pesadas y desagradables, pues me figuraba que en París no habría primavera.

Había llegado, sin embargo, y se demostraba á mis ojos, por unas lilas floridas que había en una ventana debajo de la mía.

La noche se acercaba, y de repente ví dos murciélagos, que describían con rapidez curvas descompuestas bajo mi ventana..... ¡Con qué placer saludé á aquellos dos pobres animalitos! Representaban para mí más que las primeras golondrinas, aquellos dos pobres murciélagos: eran verdaderos

mensajeros del verano, mensajeros de las vacaciones, de la marcha y de la libertad.

Además, yo contaba con no volver á aquella morada obscura..... Y, en efecto, así sucedió; me dieron permiso para tomar vuelo, y lo tomé tal, que me llevó muy lejos; no me volvieron á ver por aquel barrio.

Usted sabe, amigo Plumkett, que si bien nunca estuve encerrado en ningún colegio, tampoco volví á languidecer en el barrio Latino. No permanecí allí más que un año escaso; sólo el tiempo preciso para tener idea de él. He frecuentado, como todos los demás, los establecimientos de la orilla izquierda del río; pero me eran desagradables y tenía allí las maneras desiguales—brascas ó tímidas—espan-tadas, de un pájaro que se hubiera cogido ya demasiado grande para poderse enjaular; he experimentado muchos asombros y he sacado de allí recuerdos de cosas ruines, estremecedoras, malsanas. Hay genios que han cantado aquella vida; yo no he comprendido nunca la poesía de la buhardilla, de la griseta, ni del club ó del café.

.....Un último murciélago pasa por delante de mí atraído por los otros; pero éste es más grande; pertenece á la especie horrible de las rusetas (1),

(1) Grandes murciélagos de las Indias.—(N. del T.)

que habitan las regiones más cálidas de la tierra.

Conocía yo en la costa de Guinea á un viejo corsario, que se llamaba el padre Barez (esto era mucho después, tenía yo proximamente veintitres años, y ya había recorrido las cinco partes del mundo). Era el padre Barez un viejo especial, raro, muy conocido en las casas de comercio de la costa; tipo de una especie ya hoy extinguida; mulato no sé de dónde, expirata y negrero que vendía, cuando tenía demasiadas, las negras y los hijos que con ellas había tenido, adjudicándolos, en junto, al mejor postor; traficante de todo, negociando siempre dentro de su esfera.

Era, por lo demás, un hombre valiente, y decía riendo y enseñando sus dientes blancos: «Amigos míos, cuando yo me las lie, podré al menos decir que he vivido.» Y era verdad; había vivido esa vida excéntrica y tormentosa de los antiguos corsarios, y hasta había tenido su hora de fortuna y esplendor; aún se veían, en un rincón del país *mandinga*, los restos de un palacio fantástico, que se había hecho construir en otro tiempo para dar en él fiestas extrañas.

Al final de su vida se había hecho eremita, obteniendo del gobierno francés el mando del río Ponga, y se portaba maravillosamente, gracias á los cono-

cimientos y amistades que desde antiguo tenía con los jefes negros, pudiendo decirse que era dueño de la situación.

Un día supimos que el padre Barez había muerto, y nos trasladamos en seguida al río Ponga, que se encontraba á causa de este suceso entregado á las facciones y á la anarquía. Cuando llegamos, la casa del viejo pirata, situada á la sombra de sus árboles exóticos, estaba cerrada y atrancada; nadie había entrado allí después de haber sacado al muerto y nos esperaban para hacer el inventario. Al abrir la puerta, se escapó del interior un calor concentrado, un aire irrespirable; objetos extraños estaban esparcidos por todas partes en ingrato desorden, y pegada al muro había una ruseta oscura, que dormía con la cabeza baja, como es costumbre en los murciélagos. Se despertó espantada cuando vió entrar la luz, y desplegando sus membranas calientes, empezó á volar con corto vuelo, tropezando con todo como una loca. Un marinero bretón, que tenía miedo, la mató de un bastonazo, diciendo:

«¡Esta es el alma del viejo!» Yo fuí del parecer de aquel muchacho; no podía ser, en efecto, sino el alma del viejo que, no pudiendo volar más alto, había venido bajo la forma de aquel horrible animal á pegarse al muro.

Aun tengo en mi casa esta ruseta en un gabinete consagrado á las cosas inverosímiles y á los recuerdos disecados de mis paseos por el mundo. Está conservada en un frasco de espíritu de vino, con la cabeza á un lado y la lengua fuera, y como su vista no es agradable, la he ocultado un poco detrás de un caimán.

Hay sobre el frasco una etiqueta, algo amarilla por los viajes que ha hecho por mar, pero donde se puede leer: *Alma del padre Barez*. Durante su vida, tenía el viejo negrero la costumbre de decir que el diablo heredaría su alma; pero se engañaba, porque fuí yo quien la heredé....

*Plumkett*.—Es lo mismo. Pero ¡qué quiere usted! después de todo, aquel viejo se tenía bien merecido acabar en las manos de usted.

### Tercer clavel de la India.

No se está bien en ninguna parte, mi querido Loti, en vista de que todo aburre al fin. No sería malo, por tanto, cambiar de sitio de tiempo en tiempo. ¡Un cierto lugar, *nulo*, hecho de inconsciencia universal y de aniquilamiento absoluto sería hermoso! Exista ó no esa nada, eterno sueño sin

ensueños, más dulce que todas las fantasías, yo la amo.....

¡Cuán dichosos seríamos si pudiéramos dejar en cualquier parte esta vestidura de carne y hueso, destinada á producir el *humus* para las generaciones futuras! Piense usted que nos es preciso alimentarla, vestirla, presentarla convenientemente en el mundo, y que, como única recompensa, nos arrastra á multitud de tonterías.

¡Qué bello debe ser el momento en que vuela nuestra alma, como brillante mariposa de doradas alas, lejos, muy lejos de esta crisálida grosera! (Perdone usted, querido amigo, este símil de la mariposa de alas doradas, que acaso no es ya muy nuevo). Y si esto que se desprende de la crisálida es *nada*, tanto mejor.

Se podía ensayar este salto á lo Desconocido; pero ¿sería un vuelo, una caída ó todavía *nada*?..... Y además, nuestra falta de costumbre de la cosa (ya que ésta no sucede nunca más que una vez) nos detiene siempre, y retardará sin cesar el día más hermoso de la vida, que es el de la muerte.

Esperando, pues, la llegada de este feliz momento por la marcha destructora del tiempo ó de los sucesos, vamos á pasear los dos.—¿Quiere usted?

Si cada uno se despojara antes de partir de todo

lo que debía dejar, no quedaría nada. Entonces nadie partiría; no habría paseo y, por consiguiente, tampoco relato, ni mucho menos *clavel de la India*. Sólo páginas en blanco. Pero el público, capaz de apreciar una literatura semejante, no existe apenas en nuestro país, donde la civilización está aún relativamente en la infancia. Yo no veo quizá más que en Oriente, entre esos pueblos milenarios, llegados al *summun* de la sabiduría por las contemplaciones perpetuas, en las cuales ocupan felizmente sus vagos pensamientos, un público capaz de encontrar más interés en esas páginas en blanco que en cualquier otra cosa, y aún sería necesario buscarlo, sobre todo, entre los fakires y derviches.

Entre nosotros es preciso que estas páginas se cubran de menudos caracteres negros, alineados y puntuados. Sacrifiquémonos, pues, al falso gusto del día, como tantos otros lo han hecho antes que nosotros: tiene que haber un relato dos viajeros y un *sitio cualquiera* por donde se paseen.

¿Dónde iremos? He aquí la cuestión. ¿Qué haremos? ¿Qué diremos? No reflexionemos, porque no partiríamos. No pensemos en lo que vamos á hacer, porque no haríamos nada; ni en lo que vamos á decir, porque siempre es mejor callarse que hablar. *Nada* vale más que *cualquier cosa*.

Usted creará, ¡oh, sencillo y difuso Loti! que le voy á llevar á eso que los pasantes de abogado llaman «las altas esferas del ideal.»

Seguramente que no: el ideal es al cabo y al fin demasiado tonto. Y demasiado vulgar también, puesto que todos tienen en él su parte. Será más prosáico nuestro viaje; iremos á China, para descansar de la Polinesia y los países musulmanes de usted, que están ya completamente gastados.....

Pero, espere usted; es preciso procurar la verosimilitud de este relato del paseo en común; es evidente que nosotros no hemos podido combinar tranquilamente este viaje como dos buenos compañeros que se preparan á caminar juntos, cambiando impresiones gratas y humorísticas; porque siguiendo nuestros hábitos, nos pelearíamos antes de marchar y, por último, no nos iríamos.

—«¡Dios mío, qué pesada es esta partida! ¿Partirán ó no partirán estos dos viajeros?»—se pregunta el lector con inquietud.

«Sí, señor; un poco de paciencia: ya se sabe que cuando se va á emprender una marcha, ocurren siempre nuevos entorpecimientos antes de ponerse en camino. Un poco de paciencia; vamos á partir al despuntar la aurora, que será una aurora boreal.

¿Está usted contento?

Vamos; arreglemos de prisa alguna cosa verosímil: nos hemos encontrado por casualidad en uno de esos sitios frecuentados, frívolos, comunes á todos, donde todo el mundo se encuentra, como, por ejemplo, sobre el hielo de la bahía del Pé-tchili, á la una de la madrugada, una noche de invierno. Yo estaba vestido con un sayón de pelo de camello y muchas pieles de animales por encima. Largos cabellos blancos postizos, cayendo sobre los hombros; larga barba blanca postiza; una alforja á la espalda y un real en la mano. Usted, con el cuerpo encerrado en una elegante casaca de terciopelo, guarnecida de pieles, envuelto en una gran capa muy romántica; sobre la frente un «signo fatal,» y en la cabeza una linda gorrilla con un airón encarnado.

Nosotros habíamos tenido la idea de ataviarnos así, ya sabe usted por qué: á fin de no reconocernos, en el caso de encontrarnos paseando nuestro hastío en el mismo punto de este planeta—que siempre ha sido muy pequeño para nosotros dos, pues que nunca hemos podido ir á ninguna parte sin encontrarnos uno con otro.

De esta manera verá usted que la conjunción ha ocurrido por casualidad, y el primer encuentro mútuo podrá ser satisfactorio.

.....La planicie de hielo se extiende por todos la-

dos, hasta perderse de vista. La fantástica luz de la aurora boreal, prometida al paciente lector, lo inunda y colorea todo de un modo soberbio.

*Loti.*—Déjeme usted describir esta aurora, Plumkett; esto me divertirá. Yo he visto tantas en los mares del Norte, durante mis noches de guardia, que sabré referirla muy bien.

Usted decía.....

«La luz boreal lo inunda y colorea todo espléndidamente.....» la noche, el desierto. A través de los cristales chispeantes de los témpanos que nos rodean, los reflejos luminosos se descomponen, y el arco iris, mil veces repetido, esmalta el firmamento de hermosos colores, pareciéndonos que caminamos por un mundo cubierto enteramente de piedras preciosas. Por encima de nuestras cabezas se ciernen nubes de un rojo sombrío, de un intenso color de sangre, y plácidos resplandores cruzan el cielo como coas de cometa. Millares y millares de ellos arrancan de una especie de centro misterioso, perdido en el fondo de aquella obscura inmensidad, el polo magnético. Manojos de rayos avanzan deformándose, reapareciendo y ocultándose ó extinguiéndose. Esta extraña magnificencia cambia y se renueva.

Es el esplendor de esa fuerza inexplicable, des-

conocida, á la que se ha llamado magnetismo. Ese poder oculto celebra en las regiones hiperbóreas una gran fiesta en esta noche de invierno que deslumbra, desvanece, inquieta, produciendo el espanto de lo inexplicable, incomprensible, espectral.

Una especie de estremecimiento continuo agita toda esta luz; parece que se la oye retumbar y chisporrotear—pero se escucha—y nada..... No es más que una gran fantasmagoría silenciosa. Es un fuego frío y muerto; en aquel cielo y sobre aquel mar helado el silencio es absoluto.

*Plumkett.*—Está bien eso. Ese medio grandioso, obrando sobre nuestros nervios, nos coloca á Loti y á mí despojados de toda frivolidad, en condiciones apropiadas para dispensarnos una buena acogida.

Yo interpelo á usted primeramente: «Yo soy *Ahasvérus*, llamado el Judío Errante, con veinticinco céntimos en el bolsillo y la necesidad de dar la vuelta al mundo, sin otros recursos pecuniarios, desde hace mil ochocientos cuarenta y nueve años, hasta el Juicio final. Y tú, joven, que has debido oír mi mísera leyenda, ¿quién eres? Usted responde: «Yo soy Childe-Harold. He bebido en todas las copas; me he embriagado con todos los néctares, y he sentido también la acritud de todos los odios. He

respirado todos los perfumes y todos los miasmas pestilentes, aunque soy joven todavía. Llevo en la frente un signo fatal que tú, anciano, puedes ver; miralo entre los dos ojos. Y aburrido de todo y extenuado, busco otra cosa mejor.»

*Ahasvérus.*—«Tus discursos no me parecen claros, joven; pero es igual, tú me agradas. ¿Vas al Norte ó al Mediodía?»

*Childe-Harold.*—«Voy á donde el viento lleva las hojas desprendidas de las ramas.»

*Ahasvérus.*—«Y bien; justamente yo tambien voy allá. Ven conmigo, y mi edad madura podrá atemperar los ardores de tus pasiones, que me parecen un poco desarregladas; mi experiencia, diez y nueve veces secular, guiará tu juventud.....»

Y hénos ya uno al lado del otro, caminando sobre el hielo, convertidos, yo en Judío Errante y usted en héroe byroniano.

*Loti.*—Ahasvérus y Childe-Harold están desfigurados, mi pobre Plumkett, y la historieta de usted hace fiasco completo.

*Plumkett.*—Nosotros cambiamos impresiones muy interesantes. Yo le hablo á usted de mis mil ochocientos cuarenta y nueve años de viajes; en mis relatos, enseño á usted una *otra parte* perpétua, y le mantengo así bajo el encanto de mi conversa-

ción. Usted, creyendo contarme algo nuevo, me confía idilios, cuyas heroínas, pertenecientes á todas las razas humanas conocidas, tienen las costumbres más extrañas. Y en sus discursos, las palabras: *perfumes exóticos, encanto oriental, calma tibia, calor enervante, arenas ardorosas, inmensidad plana ó planicie inmensa*, y otras frases semejantes repetidas muy á menudo—el conjunto acompañado de mucha desesperación y amargura.....

Entre tanto, en el horizonte vemos surgir, delante de nosotros, pequeños puntos negros.....

*Loti.*—Permitame usted, Plumkett; es necesario pensar en extinguir nuestra aurora boreal, porque la noche supongo que avanza y el día va á llegar muy pronto.

Las nubes que al principio se parecían á la sangre, vista al trasluz, han cambiado poco á poco de color. Las unas, han tomado un tinte sombrío; las otras, un rosado triste y moribundo.

Los grandes rayos pálidos se van ocultando, á la desbandada, en el inmenso cielo; se diría que han perdido su centro; se diría que los han desatado, rompiéndolos y tronchándolos: por el lado del polo, sus cortes son limpios como hechos á tijeretazos. Solamente se sostienen entre sí los rayos pálidos, yuxtapuestos en largas series móviles y tembloro-